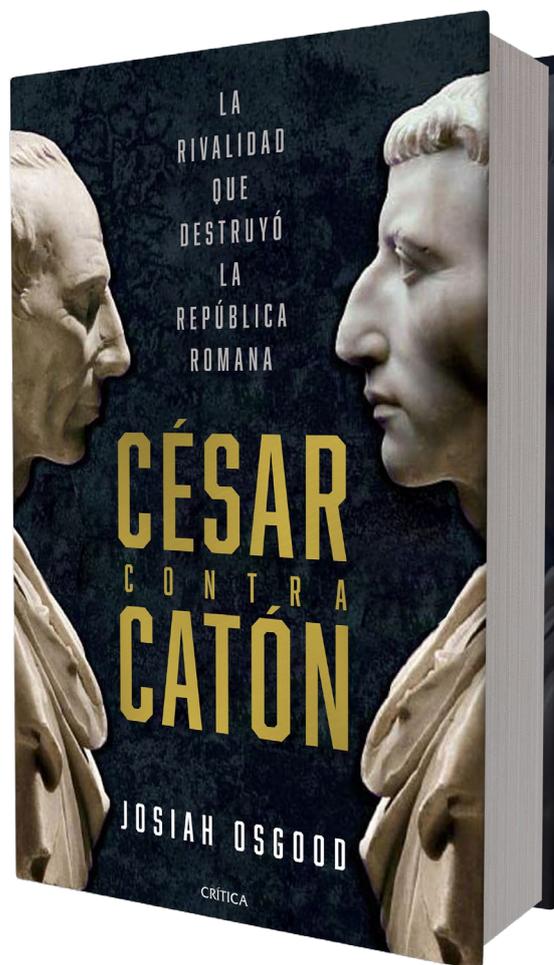


CRÍTICA

**JOSIAH
OSGOOD**

CÉSAR CONTRA CATÓN

**LA RIVALIDAD QUE DESTRUYÓ
LA REPÚBLICA ROMANA**



A LA VENTA EL 31 DE ENERO

***MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN**

AUTOR DISPONIBLE PARA ENTREVISTAS

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):

659 45 41 80 / laia.barreda@planeta.es

SINOPSIS

La rivalidad sanguinaria entre César y Catón en el crepúsculo de la república romana.

El 3 de diciembre del 63 a. C. se produjo un debate en el Senado de Roma para decidir el castigo para los cinco arrestados por su implicación directa en la conjura de Catilina. Gayo Julio César y Marco Porcio Catón expusieron puntos de vista antagónicos: mientras César defendía el derecho de cualquier ciudadano a no ser ejecutado sin un juicio; Catón exigía la inmediata ejecución de los cinco detenidos para evitar males mayores. A pesar de que Catón era un recién llegado al Senado y cinco años más joven que César, después de su intervención los senadores rompieron a aplaudir y la moción de Catón quedó aprobada por una mayoría abrumadora. La propuesta de César había sido aplastada. Esta discusión sería el inicio de una rivalidad mortal entre ambos que se alargaría durante diecisiete años.

Durante siglos, muchos han argumentado que la caída de la República romana tuvo sus raíces en la corrosión institucional. Pero igual de destructivas fueron las pequeñas rivalidades individuales, y no hubo dos hombres más encarnizados en un combate político que César y Catón. **En esta original biografía dual, Josiah Osgood, una de las figuras más destacadas de la historiografía romana, yuxtapone las vidas y las ideas de estos dos políticos que culminaron con la muerte de César y el fin de la República. Aunque procedían de entornos similares y compartían un fuerte compromiso político, sus diferencias ideológicas se arraigaron en la enemistad y el miedo mutuo y, a pesar de su devoción compartida por la República, la empujaron a la guerra civil. Su odio mutuo destruyó el mundo que amaban.**



@Moshe Zusman

JOSIAH OSGOOD es licenciado y doctor por la Universidad de Yale. Actualmente es profesor y director del departamento de Clásicas en la Universidad de Georgetown (Washington DC). Sus áreas de especialización son la Historia Romana y la Literatura Latina con especial enfoque sobre la caída de la República romana. Ha publicado numerosos libros y artículos, incluyendo *El legado de César* (2020), *Claudius Caesar: image and Power in the Early Roman Empire* (Cambridge University Press, 2010), *A Suetonius Reader: Selections from the Lives of the Caesars and the Life of Horace* (Bolchazy-Carducci Publishers, 2011), *Turia: a Roman Woman's Civil War* (Oxford University Press, 2014) y *Roma. La creación del Estado mundo* (2019).

EXTRACTOS DE LA OBRA

«LA HISTORIA DE CATÓN Y CÉSAR, EN DEFINITIVA, ILUSTRA HASTA QUÉ PUNTO PUEDE HACER ESTRAGOS EL PARTIDISMO»

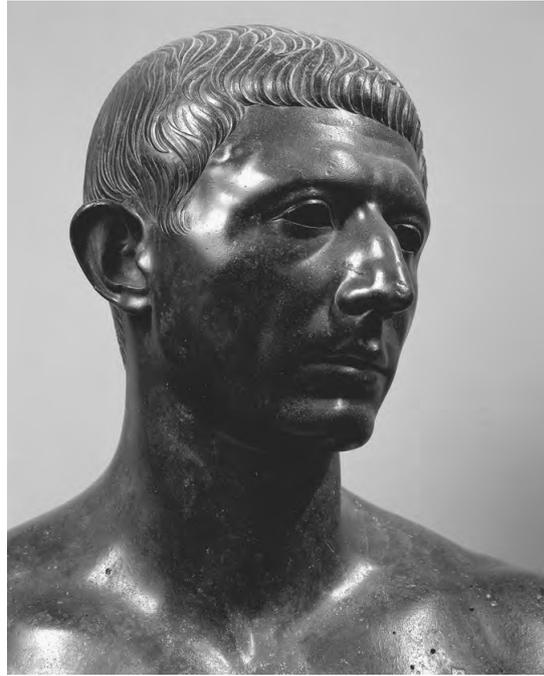
«Sin que ni uno ni otro se lo propusieran realmente, César y Catón se enredaron en una disputa política, intercambiaron insultos y amenazas, buscaron el respaldo de la ciudadanía y el Senado, y acabaron movilizando ejércitos enteros, hasta que todo el mundo mediterráneo se vio arrastrado a la guerra. En los tiempos en que Salustio escribió su obra, años después de la muerte de ambos, sus herederos y sucesores seguían matándose entre sí.»

«En lo tocante a la personalidad, eran como la noche y el día, y eso alimentó la disputa. César, pese a ser un político y general disciplinado, también sentía apetito por los placeres sensuales. Se jactaba de su atractivo físico, de sus ropas atrevidamente holgadas y de haber seducido a las esposas de los senadores más poderosos de Roma. Para Catón, que se paseaba por Roma descalzo y con la ropa sucia y que siempre llevaba algún libro de filosofía estoica escondido bajo la toga para leer en los ratos libres, la ostentación de César resultaba repulsiva. Y además, era algo que no podía pasarse por alto; había que denunciarla.»

«**El combustible que inflamó aquel duelo político hasta convertirlo en una guerra civil se hallaba en la incompatibilidad de sus designios para la República y en los seguidores a los que atraían. Los dos fomentaron un clima de confrontación que se tradujo en una política fuertemente partidista.** La necesidad de atar corto al contrario se convirtió en una prioridad: si se permite que César siga su guerra en la Galia, será el fin de la República; si Catón desbarata la legislación propuesta, ídem de ídem. Por temor a posibles amenazas o por el deseo de vencer a la oposición en un momento dado, los partidarios de ambos bandos rompieron las reglas habituales de la política, lo que hizo que las descalificaciones se volvieran más escandalosas, las preocupaciones más febriles y el partidismo aún más encarnizado.»



Retrato póstumo de César descubierto en la isla de Pantelaria en 2003. © akq- images.



Retrato póstumo de Catón descubierto en Volubilis (Marruecos) en la década de 1940. © G. Dagli Orti /© NP L-DeA Picture Library/Bridgeman Images.

«La historia de Catón y César, en definitiva, ilustra hasta qué punto puede hacer estragos el **partidismo**. Los políticos pueden y deben discutir. Ahora bien, el hecho de adoptar constantemente posturas extremas, aunque pueda resultar beneficioso para la carrera de algunos, amenaza con destruir el conjunto del sistema político. Las denuncias y amenazas mutuas satisfacen las ansias momentáneas, pero hacen que los bandos se vuelvan desconfiados y reacios a colaborar entre sí. Las posiciones se enrocan y, para evitarlo, los líderes adoptan medidas que erosionan aún más la confianza e incluso la gobernanza pacífica en común. Se lanzan ultimátums temerarios que limitan las opciones de todos. Incluso cabe la posibilidad de que se recurra a la violencia física. La polarización no siempre acaba en guerra civil, pero todas las grandes guerras civiles empiezan por ahí.»

«César y Catón destacaron en su adolescencia, como lo harían más tarde en la vida, por su vehemente compromiso con la justicia y la integridad personal: pese a sus diferencias, eso era algo que tenían en común y que nos ayuda a explicar por qué destacaron como las dos grandes figuras de su generación. César desafió a Sila; Catón recorría Roma tiritando de frío. El peligro que César había corrido durante la guerra civil lo llevó a simpatizar con las víctimas inocentes; Catón volcaba sus iras sobre quienes se habían beneficiado ilegalmente. Ambos compartían el horror por los desastres de la guerra civil, aún palpables para la gente de su generación.»

Ambiciones políticas

«Si hubiera que describir los primeros años de César en la política con un solo rasgo, podríamos decir que se caracterizaron por el derroche. Gastó sumas enormes en entretener al pueblo en los espectáculos y en su propia casa. Su extravagancia personal y sus ambiciosos programas políticos iban de la mano. Catón, por el contrario, practicaría una política de signo muy distinto, centrada en evitar la ostentación a toda costa. Su objetivo consistía en que la vida de la República volviera a ser como tiempo atrás, o por lo menos como él se la imaginaba: con menos oropel, pero también menos corrupción. César había comprado a sus gladiadores con plata. Catón, en cierta ocasión en que ayudó a un amigo a organizar unos juegos, propuso que, en lugar de los caros presentes habituales, se repartieran rábanos y pepinos.»

«Catón no tenía el menor interés en congraciarse con los ciudadanos luciendo sonrisas y prendas elegantes. La idea de ganar popularidad para convertirse casi en un dios, como Pompeyo, lo repugnaba. Él quería ser un héroe como esos que se veían en las antiguas estatuas de la ciudad: austero, incluso descuidado, dispuesto a hacer cualquier sacrificio por la República. A su juicio, la mayoría de los políticos de su tiempo, tanto los tribunos que regalaban tierras al pueblo como los candidatos a cargos públicos que ofrecían cenas y espectáculos, se dedicaban poco menos que al soborno. Según él, un político debía labrarse su reputación confiando exclusivamente en su virtud.»

«César dictó al menos un par de condenas contra figuras destacadas. Uno de los que cayeron fue un antiguo oficial de Sila del que se decía que había amasado una fortuna superior a los diez millones de sestercios. Al igual que las confiscaciones llevadas a cabo por Catón, también esas condenas fueron inmensamente populares. Parecía que por fin se había borrado el último vestigio de la tiranía de Sila. Como es evidente, los acusados debían de pensar que estaban siendo juzgados de forma injusta. Sin embargo, nadie los había obligado a liquidar a sus compatriotas. Garantizar que, aunque solo fueran unos pocos, pagaran una pena por hacer lo que hicieron quizá impediría que en el futuro se repitiera otro baño de sangre. En esto, César y Catón no solo podían estar de acuerdo, sino que fueron ellos más que nadie quienes hicieron posibles los juicios y las condenas. Aunque no está claro hasta qué punto colaboraron, por lo menos sabemos que tuvieron ocasión de trabajar por una causa común antes de que entre ellos se abriera una brecha. El rechazo que ambos sentían por lo que había ocurrido cuando eran niños logró unirlos brevemente. Ambos eran conscientes de los defectos de la nobleza senatorial, pero sus ideas para solventarlos eran

distintas. César quería dar más poder al pueblo; Catón, reformar el Gobierno senatorial. A ojos de Catón, César lisonjeaba a la gente, mientras que para César, Catón era incapaz de ver los problemas de los romanos comunes y corrientes. Era inevitable que, a medida que aumentaba su reputación, Catón entrara en línea de colisión con César. No era hombre que dejara pasar la oportunidad de enfrentarse a cualquiera que en su opinión actuase de forma injusta.»

La conjuración de Catilina

«Por la noche, sin embargo, Catilina decidió que había llegado la hora de dirigirse al norte y tomar el mando de las fuerzas reunidas por Manlio. Algunos de los cabecillas de la conspiración permanecerían en Roma para liquidar a Cicerón y preparar el regreso triunfal de Catilina. La llegada de Catilina al campamento de Manlio daba fe inequívoca de su culpabilidad. Lo declararon enemigo público, pero Cicerón todavía tenía que conseguir pruebas objetivas contra los que se habían quedado y tramaban incendiar Roma.»

«Cicerón abrió el debate con una breve declaración y, acto seguido, fue llamando a los senadores en el orden habitual, según su rango. [...] **Todos se mostraron favorables a la ejecución.** Era el turno de los pretores electos, y Cicerón llamó a César. Cicerón debía de ser consciente de que a César se le planteaba un dilema. Podía sumarse a los demás y reafirmar el sentir general del Senado, pero hacerlo significaba dar el visto bueno a la ejecución de un grupo de ciudadanos, algo que César, marcado por el terror vivido en su adolescencia, encontraba aborrecible. Justo el año anterior había presidido los procesos contra quienes habían quitado la vida a sus conciudadanos sin juicio previo durante las proscripciones de Sila. Si bien es cierto que, gracias a los informes de Cicerón, ahora el pueblo de Roma temía que los conspiradores incendiaran la ciudad, César sabía que su ejecución sentaría un precedente del que alguien podía abusar en el futuro.

Se puso en pie y empezó a hablar con su estilo claro y sereno. Cualquier castigo, dijo (al menos según la versión de su discurso que nos ha dejado Salustio), era inferior a los crímenes que los conspiradores habían tramado.³¹ Aun así, los senadores debían valorar las consecuencias de sus actos. En ese momento, nadie criticaría que se ejecutase a los traidores, pero ¿y si el castigo volvía a aplicarse en lo venidero a quienes no lo merecieran? Se habría sentado un precedente.»

«Llegó por fin el turno de los tribunos entrantes y Cicerón le cedió la palabra a Catón. Como siempre, Catón tenía claro su veredicto. Los senadores, incluido su cuñado Silano, habían hecho gala de una debilidad deplorable. Se negaban a afrontar el peligro que corría Roma.

Ciudadanos de la más alta alcurnia estaban conspirando contra la patria, y muchos más podían unirse a ellos si no se tomaban medidas decisivas. En cuanto al discurso de César y el amplio consenso que había suscitado, le parecía absurdo. Catón estaba convencido de que Cátulo tenía razón al acusar a César de estar implicado en la conspiración. [...] Cuando Catón concluyó, los senadores prorrumpieron en aplausos y empezaron a agolparse a su alrededor. Sus duras palabras habían calado, estaban excitados, les había tocado la fibra. Catón no solo había denunciado a los conspiradores, sino que se había enfrentado a su cuñado y a la debilidad de los excónsules. También había atacado a César. Catón no podía demostrar la implicación de César, pero el hecho de que la hubiera mencionado daba fe de que tenía agallas. Y además llevaba razón. Los senadores habían perdido su firmeza. Sus ancestros no los habrían reconocido. Viendo que los ánimos del Senado habían dado un vuelco decisivo, Cicerón sometió al voto la propuesta de Catón y esta quedó aprobada por una mayoría abrumadora. Quienes estaban a favor de la moción se desplazaron al lado de la cámara donde se encontraba el proponente. César se quedó prácticamente solo»

Divorcios y matrimonios

«El incidente de la Bona Dea reunía todos los ingredientes del escándalo político perfecto: sacrilegio, sexo, manipulación de un jurado, etcétera. También resumía las diferencias esenciales que subyacían al creciente conflicto entre César y Catón y a sus futuras consecuencias. César supo distanciarse hábilmente de una situación desconcertante, anteponiendo las consideraciones políticas a todo lo demás. La rígida posición de Catón durante la crisis impresionó a los senadores, pero sus acciones tras la absolución de Clodio obviaron la realidad política y pusieron al Senado en dificultades. Su incapacidad para negociar le valió el apoyo incondicional de unos pocos, pero suscitó el rechazo de otros y alimentó la lucha partidista.»

La Galia

«Catón debería haber previsto que el Senado jamás accedería a semejante propuesta. César, enriquecido a base de saqueos y encumbrado por sus asombrosas hazañas, así como por su alianza con Pompeyo y Craso, tenía demasiado poder a finales del 55 a. C. como para caer por una acusación tan turbia. Con todo, la intervención de Catón sirvió para sembrar dudas acerca de la conducta del general. La de la Galia era una guerra impía, sugería Catón, al igual que el consulado de César; y desoír a los dioses siempre despertaba inquietud en Roma. La moción de Catón demostraba que su odio hacia César era tan feroz como siempre. Si acaso, más aún: a ojos de Catón, la guerra de las Galias era peor que los anteriores crímenes de

César, pues le había permitido llenar sus arcas con oro manchado de sangre que luego distribuía en forma de sobornos y le había proporcionado un ejército que podía protegerlo frente a la ley, como ya había ocurrido con Sila.»

«Como tantas otras veces, Catón había ido demasiado lejos con su retórica conspirativa. Cada injuria suya hacía más difícil que César y sus oponentes senatoriales alcanzaran una tregua, lo cual iba en detrimento de la República. Aun así, era cierto, como sugería Catón, que la guerra librada en la Galia era una prolongación de la carrera política de César. Del mismo modo que, año tras año, César fortalecía su cuerpo ya atlético a fuerza de combates, también su poder empezaba a alcanzar niveles de peligro para la República.»

«Durante la inmediata ruptura política que condujo a la guerra civil, las acciones de Catón fueron menos incendiarias que las de otros, como Gayo Marcelo, el cónsul que le había presentado la espada a Pompeyo. **Catón no deseaba una guerra, pero deseaba aún menos que César le impusiera condiciones al Senado.** Llevaba años exigiendo que se pusiera en su sitio al general romano: había que impedir que repartiera tierras, despojarlo de su mando en la Galia y entregarlo a los germanos. La negativa de Catón a buscar acuerdos había provocado una crisis, y ahora que esta había estallado, sus acciones daban aliento a los extremistas. Catón había diagnosticado algunos de los problemas más graves de la política y había contribuido a buscarles remedio. Sin embargo, la idea de que a César se lo podía extirpar de la República como quien extirpa un tumor con un bisturí equivalía a negar la realidad política. Aun antes de la guerra de las Galias, César poseía demasiados logros y había ayudado a demasiados romanos. Sus conquistas debían ser reconocidas, no simplemente denunciadas. Su dignitas era un factor que había que tener en cuenta. Fueron muchos los que vieron a las claras que buscar una guerra contra él era de locos. Nadie podía afirmarlo con seguridad, pero era muy probable que una guerra civil solo sirviera para fortalecer a César.»

Guerra Civil

«La noticia de que César había cruzado el Rubicón y marchaba hacia Roma con sus soldados sembró el desconcierto en la ciudad. Aunque Pompeyo poseía un gran ejército en Hispania, en Italia disponía tan solo de dos legiones listas para la batalla, y ambas habían estado desplegadas en la Galia a las órdenes de César, lo que ponía en entredicho su lealtad. Pompeyo insistió en que pronto habría listas más tropas, pero no lo bastante pronto. Intentar defender la capital era demasiado arriesgado. Los magistrados y el Senado debían abandonar Roma. Catón señaló que si Pompeyo hubiera hecho caso de sus advertencias,

ahora los senadores no tendrían tanto miedo de César ni dependerían tanto de Pompeyo, pero de nada servían ya esa clase de reproches. Favonio, más mordaz, decía que Pompeyo debería golpear el suelo con el pie para convocar a las tropas necesarias, tal como presumía que era capaz de hacer. Con todo, el general era la mayor esperanza del Senado, y Catón recomendó que se le confiara el mando supremo en solitario, alegando crudamente que «las mismas personas que causan los grandes males también tienen la responsabilidad de ponerles fin». Sin embargo, la mayoría de los senadores, molestos acaso por la propuesta de evacuarlos de la ciudad, se negaron a secundar la moción, dando así mayor capacidad de actuación a otros comandantes. Ello no impidió que Pompeyo, en el momento de abandonar la ciudad para reunirse con sus tropas en el sur de Italia y reclutar más hombres, anunciara que los senadores debían seguirlo: todo aquel que se quedase sería considerado aliado de César. Catón fue con él, acompañado de muchos otros senadores y ambos cónsules.»

«Como de costumbre, las fuentes históricas hablan menos de las esposas de los senadores, pero resulta evidente que ellas también tomaban decisiones sobre su vida y moldeaban la opinión pública por su cuenta. Algunas mujeres próximas a la oposición republicana a César decidieron abandonar Roma, e incluso Italia, dando a entender acaso que cualquier Gobierno sería ilegítimo. Dentro de ese grupo se encontraban la esposa de Pompeyo, Cornelia, y la sobrina de Catón, Servilia, viuda de Lúculo, que se llevó con ella a su hijo adolescente. Otras se quedaron, como Servilia, la medio hermana de Catón y amante de César, a pesar de que su hijo Bruto mantenía posiciones cercanas a las de Catón y luchaba en el bando republicano. Puede que César llevara años sin ver a Servilia, pero seguía sintiendo afecto por ella, y Servilia estaba decidida a aprovecharse de eso.»

«La guerra de Alejandría permitió que César explotara su faceta más aventurera y sacara a relucir muchas de sus cualidades: su intrepidez, su resistencia, su habilidad para salir de apuros, su afición a los devaneos extravagantes. Sin embargo, el romance con Cleopatra escondía otra realidad más prosaica: se había enzarzado en una guerra innecesaria.⁴⁷ Su incapacidad para comprender la situación en Alejandría había estado a punto de ser su perdición: había visto la muerte de cerca en varias ocasiones, los meses transcurridos en Egipto habían dado pie a que en otras regiones se cuestionase su autoridad, y su inacción había permitido que sus oponentes recobrasen fuerzas.»

El auténtico vencedor

«Tras enterarse de que los barcos no habían regresado al puerto, como temía, Catón le pidió a su ayudante que cerrara la puerta. Cuando el ayudante se hubo marchado, Catón se acostó en el lecho, desenvainó la espada y se la clavó por debajo del pecho. La estocada fue algo débil por culpa de la mano lastimada, pero la herida era grave. Al caer del lecho, Catón volcó un ábaco que había cerca y el ruido hizo que sus esclavos, sus amigos y su hijo acudieran corriendo. Al ver la sangre, las entrañas salidas y a Catón aún vivo y con los ojos abiertos, se estremecieron. El médico intentó coserle la herida, pero, sacando fuerzas de flaqueza, Catón empujó al médico, se reabrió la herida con la mano y expiró.

Tenía cuarenta y ocho años. Los uticensis no dudaron en ofrecerle un funeral espléndido. Aunque deseaban congraciarse con César, admitían que Catón había salvado la ciudad. Ornaron su cadáver, lo sacaron en procesión solemne y lo enterraron junto al mar, donde siglos después seguía erigiéndose una estatua suya con la espada en la mano.»

«César se enfureció al enterarse de que Catón se había quitado la vida. Poco antes, al saber por sus informadores que Catón no había abandonado la ciudad con los demás, César se había preguntado cuál sería el plan de su viejo rival. ¿Rendirse, quizá? Ahora César lo sabía. No cabe duda de que lo habría indultado para poner la guinda a su victoria. El hijo de Catón fue perdonado y puso conservar las propiedades de su padre. En cambio, el derrotado Catón había privado a César de la mayor ocasión de mostrar su magnanimidad.»

«Convencional e innovador, práctico y filosófico, el suicidio de Catón también tuvo, cómo no, una dimensión política. Al quitarse la vida, le negó a César la oportunidad de perdonarlo y emborronó su triunfo. Para Catón, preferir la muerte a la vida bajo César equivalía a una enmienda a la totalidad de la victoria de su enemigo y al régimen político que pudiera acabar implantando. Catón decidió quitarse la vida, pero su muerte podía ser interpretada (aspiraba a ser interpretada) como el último acto de un mártir que sufrió por la causa de la libertad. Lo habían apedreado, arrastrado por la rostra, enviado al calabozo... y ahora se había clavado una espada. En el instante mismo en que se arrancó las tripas, se hizo más fuerte que nunca. Catón quiso demostrar que ninguna tiranía, por tibia que fue-se, era aceptable para alguien que apreciaba la libertad tanto como él, y lo hizo de la manera más vistosa que cupiera imaginar. El suicidio fue su última y más exquisita maniobra de obstrucción. Pesó sobre la conciencia de quienes habían sobrevivido, como Cicerón, que empezaron a alabarlo en la muerte como nunca lo habían hecho en vida. Eso sacó de sus

casillas a César, que reaccionó tomando una serie de decisiones que empañarían su victoria. A lo mejor, después de todo, Catón fue el auténtico vencedor.»

Anticatón

«El extraordinario poder que César había acaparado en los últimos años no lo había convertido en un ser monstruosamente cruel. No era un Calígula ni un Nerón. Sin embargo, sí se había vuelto más impaciente y más desconsiderado que nunca con los verdaderos sentimientos de los demás, en especial sus antiguos colegas del Senado. El *Anticatón*, el triunfo de Hispania, la corona de laurel, la toga púrpura: todo ello era indicativo de su obstinación y su orgullo. Era consciente de los odios que empezaba a despertar, pero no le quitaban el sueño; tanto es así que, cuando los senadores juraron protegerlo — probablemente a finales del 45—, despidió a la guardia hispana que había utilizado hasta entonces. Cuando más tarde sus consejeros lo instaron a recuperar la escolta, él se negó.³⁸ Nadie debía pensar que a César le daba miedo ir a ninguna parte.»

«En los últimos meses de su vida, César consintió en ser reconocido como dios, lo cual suponía la culminación de lo que él mismo venía afirmando desde hacía tiempo a propósito de su ascendencia divina.»

«Tras el fallecimiento de Catón, la siguiente generación de políticos decididos a oponerse al gobierno de un solo hombre y a defender la libre elección de sus dirigentes se aglutinó en torno a Bruto. Era una idea emocionante: se convertirían en asesinos de tiranos, como los que conocían por los libros de historia o por las máscaras de sus antepasados que guardaban en casa.»

«Los conspiradores vieron su oportunidad en una sesión del Senado convocada para el 15 de marzo, los llamados idus, pocos días antes de la fecha en que César debía partir para Oriente. La reunión tendría lugar en el gran complejo teatral que Pompeyo había construido años antes en el Campo de Marte, en una sala conocida como el Senado de Pompeyo. Allí los magnificas podrían reunirse sin levantar sospechas y, al mismo tiempo, incitar a los senadores que presenciaran su histórica hazaña.»

«Cuando César apareció, los senadores se levantaron como muestra de respeto. Uno de los conspiradores se acercó a él para entregarle una petición. Otros se agolparon alrededor, en apariencia para secundar la petición de su colega. César intentó apartarlos, pero ya era demasiado tarde. Uno de los conspiradores le tiró de la toga. Otro sacó una daga. Entonces cayó la primera puñalada. Siguieron más, y más. César trató de esquivar las estocadas, pero enseguida vio que los asesinos lo tenían completamente rodeado. Por primera y única vez

en su vida, se rindió y se cubrió la cabeza con la toga. Cayó muerto después de haber recibido veintitrés cuchilladas.»

Réquiem por una república

«La instauración de una monarquía militar en la Roma imperial después de César no era inevitable, aunque sin él, desde luego, habría sido inconcebible. Su carisma se hizo extensivo a su sucesor. Su rechazo del Gobierno senatorial, su banalización de las elecciones libres y, sobre todo, su forma de acaparar el poder a través de la complicidad de sus soldados le allanaron el camino a Augusto, que mantuvo el control de prácticamente todas las legiones hasta su muerte e instituyó un tesoro militar aparte para financiar las onerosas retribuciones que los militares recibían al licenciarse. Al mismo tiempo, César funcionaba también como antimodelo. Poco después de los idus de marzo, Antonio propuso en el Senado que se aboliera el cargo de dictador, un decreto que más tarde se convirtió en ley. **Roma nunca reinstauró el título de dictador, mancillado como estaba por la soberbia de César en sus últimos días. El que Augusto eligió para sí era menos formal y hundía sus raíces en la historia de la República: *princeps* («primer hombre»).**»

«Catón recibió alabanzas — los grandes momentos de su vida se evocaban ante lectores y oyentes—, pero también fue expurgado. La consternación que causaba a sus colegas y las crisis provocadas por su negativa a transigir en nada quedaron borradas de la memoria. Se minimizaron sus manipulaciones de los procedimientos senatoriales, su despliegue de alianzas matrimoniales y su artificiosidad a la hora de mostrarse en público. Los historiadores achacaron la guerra civil al enfrentamiento entre César y Pompeyo por la preeminencia o a la codicia y ambición de la sociedad en general: algunos apoyaban a César, otros a Pompeyo, solo Catón apoyaba a la República. O eso se decía.»

«Sin embargo, a medida que los césares se iban sucediendo tras la muerte de Augusto — algunos de ellos, como Calígula, sí fueron auténticos tiranos—, el recuerdo de Catón empezó a remorder conciencias. Con la llegada de Nerón, emperador entre el 54 y el 68 d. C., la figura de Catón poco menos que revivió. Se trata de un episodio notable y que arroja una última luz sobre la rivalidad entre Catón y César y el mundo que resultó de esta.»



CRÍTICA

Laia Barreda (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
659 45 41 80 / laia.barreda@planeta.es